

OTRAS RAZONES

«BUENAS NOCHES, ESPAÑA»

La producción de libros aumenta en la misma medida en que decrece su calidad. El problema lo ocasiona el hecho de que cada vez son más los lectores que escriben, sin tener por qué, y menos los escritores que leen lo que hay que leer. Para poder captar en los libros algún retazo del saber, del placer o de la vida, hemos de tomar ante ellos la misma precaución que ante las televisiones del Gran Hermano. La basura mental impresa no es menor que la porquería moral exhibida en las pantallas. Nadie tiene tiempo hoy para buscar la aguja en el pajar libresco o la diosa Cibeles en un estercolero. Y cuando los libros se comercializan para un mes, las propias empresas editoras están confesando que nada de lo publicado merece ser retenido. Salvo excepciones amparadas en la fama del escritor, los buenos libros se editan en casas fieles al estante de librería. Akal es una de ellas. Tras el «Negocio de la libertad» de Jesús Cacho, ha repetido su valentía editorial con «Buenos días, Euskadi», de Joaquín Navarro. Libro singular de un jurista con sensibilidad y vocación de escritor. Y libro único en su género. Pues un andaluz culto parece sentir en sus carnes la emoción de la izquierda nacionalista vasca.

A diferencia de sus libros anteriores, «Manos sucias» y «Palacio de Injusticia», cuyas críticas, tesis y sentimientos sobre la Justicia son incontestables para toda conciencia jurídica y para cualquier tipo de conciencia nacional, el nuevo libro de Joaquín Navarro me causa un entrañable dolor porque, en él, un alma amiga desgarró la unión entre ambas conciencias, haciendo imposible su convivencia. Pues asienta la nacionalista vasca, y su deseo de Independencia, no sobre un sentimiento particular ni una relación de fuerzas, sino sobre un derecho universal. El derecho natural a la autodeterminación. Los españoles que negamos la existencia de este derecho, tanto para España como para cualquiera de sus territorios, no tenemos, al parecer de mi fraternal amigo, una conciencia jurídica tan sensible o formada como la suya, capaz de considerar que «existen Razones de Justicia para reclamar y ejercitar el derecho de autodeterminación».

Los que no comprendemos el sentimiento nacionalista vasco, aunque lo entendamos; los que no lo apoyamos, aunque denunciemos todas las formas antijurídicas o inhumanas de su represión estatal (tan valiente y justamente relatadas por Joaquín Navarro); los que no vemos en el laberinto de las organizaciones nacionalistas vascas (que el autor desentraña y recorre de modo magistral, sobre todo a partir de la tregua de Eta), más que una trágica lucha por el poder, fundada en la envidia del Estado, sin que ninguna tenga por objetivo la libertad política de los ciudadanos vascos ni la democracia formal; los que creemos que España era ya una unidad determinada por la historia antes de la Gran Revolución de los derechos individuales,



y de la libre determinación de los pueblos sojuzgados por una potencia extranjera; los que advertimos una diferencia esencial entre el sentimiento español, anterior a la conciencia política nacional, y los sentimientos andaluz o vasco (por citar los que embargan al autor) derivados de una reciente conciencia nacionalista; los que expusimos vidas, haciendas y famas contra el uso del sentido natural de la patria como bandera política de las monstruosas dictaduras nacionalistas; los que sabemos, por su historia y por su naturaleza, que todo tipo de nacionalismo separatista expresa ambiciones de Estado propio, es decir, aspiraciones de la derecha; en fin, los que distinguimos entre ideologías nacionales y mitologías estatales, debemos leer «Buenos días, Euskadi», para enterarnos de que, como españoles subconscientes, o sea, como ateos inhabilitados para dialogar con la razón nacionalista, ya sólo podemos responder a sus pacíficos propósitos de autodeterminación con un jacobino «Buenas noches, España».

Antonio GARCÍA TREVIJANO

ENERGÍA: DESPILFARRO E INJUSTICIA

Esta vez, ciertamente, hay que felicitar a los «verdes» alemanes, a diferencia de anteriores ocasiones en que no fueron fieles a su programa e ideales, pues han conseguido sacar adelante su plan de cierre escalonado de las centrales nucleares, en su industrial país, con gran irritación de la derecha. Pero los problemas que plantea la energía nuclear representan sólo una parte, aunque sin duda especialmente importante y significativa, de los que afectan al actual modelo tecnológico desarrollado por nuestra civilización y que debe ser radicalmente replanteado y corregido. Claramente —y es el aspecto en que suelen insistir los ecologistas— por su agresividad contra el medio ambiente y la consiguiente amenaza para el futuro de la vida en el planeta, consecuencia de concebir la naturaleza como objeto de explotación, pero, además, porque su organización y desarrollo impulsa otra explotación: la de los pueblos más pobres en favor del beneficio de los cada vez más ricos. Y, al escribir estos términos soy consciente de que infrinjo los dictados de la actual inquisición



lingüística, que prohíbe hablar de «explotación» y de «pobreza», pretendiendo sustituir tales expresiones por las de «racionalización», en el primer caso, y por el eufemismo de «países en vías de desarrollo» en el segundo. Dos competentes expertos en problemas de medio ambiente y autores de importantes libros en este campo, Anna y Paul Ehrlich, han descrito la situación mundial de un modo tan preciso como elocuente y provocativo: «Un bebé nacido en los Estados Unidos representa un desastre dos veces mayor para la tierra que uno nacido en Suecia o en la URSS, tres veces lo que uno nacido en Italia, trece lo que uno en Brasil, treinta y cinco lo que uno en la India, ciento cuarenta veces lo que uno en Bangladesh o en Kenia, y doscientos ochenta lo que uno nacido en Chad, Ruanda, Haití o Nepal». Como vemos en la sutil ironía del texto, al tomar la madre tierra como ostentadora del bien supremo, los bautizos se convierten en ceremonias necrológicas, tanto más luctuosas cuanto más rico es el país de nacimiento. Y algo queda meridionalmente claro: las desigualdades de responsabilidad en el deterioro de la naturaleza, unidas al «modo de vida» de las sociedades llamadas avanzadas. Consecuentemente, la falsedad y la hipocresía de presentar este «modo de vida» como un ideal, como un modelo —consecuencia, además de excelsas virtudes y no de la explotación— a que todos los pueblos pueden y deben aspirar.

Quando, hace unos años, abordando los aspectos irracionales de nuestra civilización, escribí la «Crítica de la Civilización Nuclear» me sorprendió la magnitud de las cifras que separan el consumo energético de los países ricos y pobres, que llega la orden de mil. Así, el consumo de energía en USA por habitante y año alcanzaba el valor 11.554 unidades equivalente a kilogramos de carbón, mientras que en Nepal se reducía a sólo 11 unidades.

La conciencia ecológica ha ido penetrando en los países del Primer Mundo, incluso en sus gobiernos, que han creado Ministerios del medio ambiente. Pero ha sido una penetración tímida y limitada, incluso hipócrita en algunos aspectos, como cuando se recomienda al Tercer Mundo que siga políticas de desarrollo conservadoras del medio ambiente. Ciertas campañas parecen pretender culpabilizar al ciudadano del deterioro ambiental, instándole a que clasifique sus desechos y los deposite en los contenedores adecuados. Evidentemente, tales medidas son pertinentes, pero atacan un aspecto insignificante del magno problema. Cuyo enfrentamiento requiere modificar el modelo tecnológico en que la explotación de la naturaleza se une a la de los pueblos. Y ello exige que el Primer Mundo renuncie a sus privilegios depredadores.

Juan BRAVO

LANDA, EL NUEVO «CAPO» DE HB

Tras la ruptura del «alto el fuego», una «tregua trampa contra España y Francia» como se ocupó de aclarar Eta, se ha iniciado en el seno de Herri Batasuna un supuesto debate que concluirá como siempre: aprobando lo que diga la banda que para eso es la «vanguardia». Sin embargo, si resulta interesante saber quién o quiénes van a ser los que, con el beneplácito de los pistoleros, dirigirán los destinos de la coalición proetarra. Juan Bravo ha sondeado en los aledaños de la izquierda abertzale y le han comentado que el nuevo hombre fuerte será Carmelo Landa, que era miembro de la «mesa nacional» que fue condenada, encarcelada y, después, excarcelada

por una decisión del Tribunal Constitucional, adoptada en plena «tregua», y cuyas consecuencias para el futuro del País Vasco y, por lo tanto de España, están aún por determinar. Le cuentan a JB que Landa es uno de los que está manteniendo las conversaciones secretas con el PNV, que suele viajar a menudo a Francia y que, en definitiva, está llamado a ser el principal cabecilla de la coalición. Siempre que uno sube, otro baja, y el gran perdedor va a ser el dirigente del sindicato Lab, Rafael Díez Usabiaga, uno de los «ideólogos» del proceso que propició la «tregua» y el «Pacto de Estella».



Carlos PARÍS